

## SERRANILLA

Moça tan fermosa  
non vi en la frontera,  
como una vaquera  
*de la Finojosa.*

Façiendo la vía  
del Calatraveño  
a Sancta María  
vençido del sueño  
por tierra fragosa  
perdí la carrera,  
do vi la vaquera  
*de la Finojosa.*

En un verde prado  
de rosas e flores,  
guardando ganado  
con otros pastores,  
la vi tan grasiosa  
que apenas creyera  
que fuesse vaquera  
*de la Finojosa.*

Non creo las rosas  
de la primavera

sean tan fermosas  
nin de tal manera,  
fablando sin glosa  
si antes sopiera  
d'aquella vaquera  
*de la Finojosa.*

Non tanto mirara  
su mucha beldat,  
porque me dexara  
en mi libertat.

Mas dixé: «Doñosa  
(por saber quién era),  
¿dónde es la vaquera  
*de la Finojosa?*...

Bien como riendo,  
dixo: «Bien vengades,  
que ya bien entiendo  
lo que demandades:  
non es desseosa  
de amar, nin lo espera,  
aquessa vaquera  
*de la Finojosa.*»

MARQUÉS DE SANTILLANA

## «EL LIBRILLO de la JAMBRE»

Por VALERIANO GUTIERREZ MACIAS



ENTREGADO el autor a su tarea vocacional y con verdadera predilección a cuestiones del lenguaje y del léxico extremeño que recoge en todo lo posible, ha recibido la amable visita del Presbítero e Investigador don Teodoro Fernández, que ejerce su ministerio en Zorita y le ha proporcionado «El Librillo de la Jambre», un romance que gana la mayor atención.

La competencia del señor Fernández y su entusiasmo por las cuestiones abordadas, nos vedan de hacer más consideraciones que las que nos aporta, por lo que trasladamos a los lectores esta hermosa pieza, que no dudamos ha de cautivarles verdaderamente.

Ofrecen las observaciones del señor Fernández unas apreciaciones fruto de un hombre con fino sentido de la materia expuesta y sobresaturado de experiencia.

Don Ramón Menéndez Pidal, el venerable Director de la Academia Española, Catedrático e Investigador que no necesita encomios de ningún género, recabó, a principios de la presente centuria, los romances y principales asuntos de etnografía de esta parcela y sabemos que el escritor costumbrista don Rafael García-Plata de Osma hizo valiosos envíos al maestro.

El romance es la composición poética más popular y que perdura e incluso de gran significación.

Nunca agradeceremos bastante la importantísima labor de cuantos escritores e investigadores se dedican a recoger el romance y no podemos pasar por alto la coronación de la tarea de Menéndez Pidal.

Aunque se renuevan constantemente los giros y las agudezas del lenguaje, siempre nós sentimos ganados por la gracia de las viejas expresiones.

Pero vayamos a ocuparnos directamente de «El Librillo de la Jambre».

Es un romance plenamente ubicado en Zorita, población situada al Sur de la Sierra de Garciaz, en terreno llano. Zorita es una localidad agrícola y ganadera que cuenta con hijos esclarecidos entre los que cabe citar a José Solano Bote, Capitán General de la Armada, Primer Marqués del Socorro, que acompañó a Jorge Juan en su viaje para estudiar los adelantos de la ciencia naval.

El escenario y los personajes de «El Librillo de la Jambre» son auténticamente reales, y el estilo del lenguaje tiene muchas palabras de uso casi exclusivo en Zorita. Constituye, en conjunto, la plasmación de un pensamiento, unas tradiciones picarescas hondamente arraigadas en la vieja tierra extremeña.

Su contenido argumental quiere satirizar un clima tan añejo como amargo, de todos los tiempos, de todos los campos sociales. Para apoyarlo con sus posibles lecciones o consejos no faltan clásicos refranes y dogmatizadas experiencias históricas.

Afloran inmediatas muchas enseñanzas sangrantes que no podemos simular: La prosperidad humana es patrimonio de los más pícaros. Porque los hijos de las tinieblas son más atrevidos que los hijos de la luz. Hace muchos siglos se afirmaba que la fortuna llama a las puertas de los audaces y les ayuda.

«El Librillo de la Jambre» enseña a vivir sin trabajar. A trampa y seguir el camino de los que sin esfuerzo serio, fijo, constante, logran triunfar y no sufrir malos ratos en el laborar diario.

Algunos intérpretes de este romance ven un fondo de odio, de rebeldía, de lucha constantes de las razas y clases inferiores contra las demás. Su único afán es engañar al prójimo.

Otros afinan en la interpretación para ver una sagaz astucia por la que se descubren las diversas formas de actuar de los que roban. Los famosos ladrones de Sierra Morena ya no existen, pero los de la sonrisa, de la hipocresía, del guante blanco, se multiplican parapetados en la conseja de Juan de Mera: «Más vale maña que fuerza», que es frecuente escuchar sobre todo en ciertos medios rurales.

«El Librillo de la Jambre», dicen también, enseña a tragarse los escrúpulos y lanzarse a la vida, sin reparar en los medios. Hasta parece acusar a los que encienden una vela a Dios y otra al diablo. Juanillo roba y pide perdón antes del mismo hurto. Como el gitano aquél que, al acusarse de cierto número de robos, dice al confesor: «Bueno ponga usted una más, el que tengo planeado para realizarlo mañana». Así ya quedaba confesado y perdonado anticipadamente.

Cualquiera puede observar que en este romance no hay nada nuevo. La ubicación del mismo le da viveza y originalidad.

Al ilustre investigador de principio de siglo señor García-Plata de Osma, debemos la reconstrucción de la pieza. Resultó laboriosa y pudo lograrla por medio del viejo zoriteño Matías Fernández Calderón, fallecido por los años fronterizos del presente y pasado siglo. Matías no sabía leer ni escribir, aunque hombre inteligente, tenía cierto despeje natural y además era un archivo memorialístico, cosa que tanto ayuda, depósito de refranes, de consejas, de cuentos y como él mismo decía sabedor de «muchas alicantinas», tan útiles para el mejor desenvolvimiento de los «vivos». Matías fue Guarda de la dehesa «El Valle de la Jaca», de Alcuéscar, propiedad del escritor. Con su cazurrería, Matías ponía de manifiesto hallarse en posesión de su filosofía.

Como Sancho, no sabía hablar sin el recurso del refranero a cada instante. Lamentando lo desafortunado de un paisano labrador que trabajaba mucho y no tenía apenas nada, hubo de intervenir, como siempre, con su oportuna frase satírica, diciendo el señor Matías: «Ese n'ha leído'n «El Librillo de la Jambre».

Interrogado sobre el origen del refrán, se excusó diciendo que era largo de contar. Se refería a un romance que aprendió cuando niño. Su memoria parecía un costal roto y lleno de cuentos y refranes. Después de repetir fragmentariamente muchas veces los trozos que salían fluidamente de su lenguaje zoriteño, pudo el paciente y culto colector señor García-Plata de Osma presentar un completo modelo de romance popular, con un fondo satírico y picaresco.

Muchas frases empleadas no pueden aceptarse como originales y auténticas de la primitiva versificación. Meritísima labor la de presentar el ingenio satírico en un lenguaje y estilo enmarcado en el acento, léxico y regionalismo que sólo se conservan en este rincón extremeño. Un trabajo de matización fonética resultaría para muchos comprometido y siempre largo y difícil. Preferimos dejarlo como está.

El autor de «El Librillo de la Jambre» fue un poeta popular, no queremos decir chabacano ni mucho menos, sino un hombre que sentía y vivía como el pueblo, que se expresaba en su estilo llano, propio, que valorizaba sus costumbres, sus gestos, sus tradiciones, sus virtudes y hasta sus defectos. La poesía popular con todo el encanto que tiene como del rico hontanar que procede, está siempre al alcance de todos, es profunda y sentimental, pero con sencillez. Los más altos y ricos pensamientos se visten con limpio y modesto ropaje. Siempre se ha dicho que la grandeza es hija de la sencillez.

Con esta introducción—incrustada de alguna ligera apostilla del que esto escribe—brindamos el romance zoriteño «El Librillo de la Jambre».

Más al transcribir cuanto concierne a las acertadas consideraciones del estudioso cacereño don Teodoro Fernández, queremos felicitarle por la tarea que llevó a cabo para contribuir a la pervivencia del romance.

## «EL LIBRILLO DE LA JAMBRE»

### JUAN DE MERA, EL ZAPATERO PERDIO

#### PRIMERA PARTE

Sentáos al pié de mi

si querig que os cuente yo

la historia más divertida

que en papelés se escribió;

la historia de Juan de Mera,

que hace tiempo que murió,

o el zapatero perdido,

zangandumbo, mogollón,

que para comer de balde

siempre se las arregló.

Estábase Juan con hambre

en su pobre caserón,

y en «El Librillo de la Jambre»

vais a ver lo que estudió.

Fuése a casa de un vecino

apellidado Zurrón,

que era también su compadre

y hombre de buen corazón.

Le dijo: —Compadre mío,

compadre mío Zurrón,

déme usted la su escopeta

pa matar un gorrión,

que tenemos mucha hambre

en el pobre caserón.

Se fué el compadre pa el cuarto,

la escopeta le sacó,

y dijo: —Compadre mío,  
yo no tengo mulición,  
pos aunque tengo escopeta  
no fui nunca cazador.  
—No se apure usted, compadre:  
yo no quiero mulición:  
déme usted la su escopeta  
y, si tiene, un misto ú dos.  
—Tome tres mistos, compadre,  
que mistos tengo un montón.  
Cogió la escopeta Juan  
y a su casa se marchó;  
su mujer que lo vió entrar,  
le dijo: —¡Ay, Juan por Dios!  
¿ande vas con la escopeta,  
ca buscar la perdición?  
Y en tanto Juan se reía,  
a su mujer contestó:  
—Yo me voy a buscar mundo  
por las tierras del Señor,  
pa que coman nuestrós hijos  
tocino, queso y jamón.  
—Por Dios, no te vayas, hombre.  
Hombre, quédate por Dios.  
—Mira, mujer, yo me voy  
a quitarle al Pa Prior  
si ninguno de nosotros  
diez mil reales que ha cogido  
de los bueyes que vendió.  
—¡Por Dios, Juan! ¿Y la justicia?  
—No tengas ningún temor,  
que «El Librillo de la Jambre»  
Juan de Mera lo estudió.  
Y después de estas palabras  
a su mujer la dejó,  
y al convento de Malillo  
sus pasos encaminó.  
Cuatro ladrones famosos  
en el camino encontró;  
y uno que iba más lantero  
por la voz a Juan de Mera  
con el trabuco apuntó,  
y le dijo a Juan de Mera,

que al momento se paró:  
 —Dame el dinero que llevas;  
 y si me dices que no  
 haré carne pa los cuervos  
 que andan por alrededor.  
 —¿Cómo sug daré dineros  
 si en cata dél vengo yo?  
 Si querig que lo encontremos  
 haiga un poco de atención.  
 He salido de Zorita  
 porque la jambre me echó,  
 y he jurado no volver  
 sin un poco de calor  
 pa mi mujer y mis hijos,  
 que mueren sin compasión.  
 Al convento de Malillo,  
 llevo hecha la intención  
 de entrarme solo esta noche,  
 y quitarle al Pa Prior  
 diez mil reales que ha cogido  
 de los bueyes que vendió.  
 —¿Y tú vas a ser capaz,  
 dijo el famoso ladrón,  
 de entrar solo en el convento  
 a robar al Pa Prior,  
 si ninguno de nosotros  
 nunca jamás lo logró?  
 —Ya verig si soy capaz,  
 y si me falta valor  
 haced carne para los cuervos  
 con Juanillo el remendón.  
 —Ya veremos si Juanillo  
 se atrevió u no se atrevió,  
 pog nosotros estaremos  
 de bigila alrededor.  
 Juanillo llegó al convento  
 y tiró del aldabón;  
 abrió la puerta el portero  
 al punto que conoció  
 por la voz a Juan de Mera,  
 zapatero del Prior.

—¿Qué se le ofrece al hermano?  
 el fraile le preguntó,  
 —Dios le guarde, buen hermano;  
 dígame usté al Pa Prior  
 que su pobre zapatero,  
 su criado y servidor,  
 quiere platicar con él  
 en esta misma ocasión.  
 El fraile se fué pa dentro:  
 a poco rato volvió  
 y le dijo a Juan de Mera  
 que esperaba el Superior.  
 Pasó Juanillo pa lante  
 y a la celda s'allegó,  
 donde estaba solo orando  
 Fray Francisco, el Pa Prior.  
 —¿Qué te pasa, qué te pasa,  
 que te veo tan tristón?  
 —Perdone la su merced  
 si le quito su oración,  
 pero hace ya tres dias  
 que mi boca no probó  
 ni tan solo una sed de agua,  
 porque me mata el dolor  
 de quedar mis hijos solos,  
 sin amparo y sin mi amor...  
 —Habla presto, buen Juanillo,  
 y di qué te sucedió.  
 Con la cara compungia,  
 fué Juan y se arrodilló  
 a los pies del Pa Francisco,  
 y deste modo le habló:  
 —¡Padre mio, Padre mio,  
 tenga de mi compasión  
 pida al cielo que perdone  
 a este pobre pecador!  
 ¡Padre mio, padre mio,  
 déme también su perdón!  
 —¿Quieres acabar, Juanillo,  
 y no ser tan machacón?  
 —Voy a contar, santo Padre,

lo que al pobre Juan pasó:  
 hace tres noches cabales,  
 entre la una y las dos,  
 tres hombres muy bien armados  
 llaman a mi caserón;  
 abro la puerta y me dicen:  
 «Zapatero remendón,  
 sabemos que en el Malillo,  
 la entrá nunca te negó  
 el buen Padre Fray Francisco,  
 que es el Padre Superior,  
 que ha cogido diez mil reales  
 de los bueyes que vendió.  
 A nosotros, Juan de Mera,  
 no permite el Pa Prior  
 que le hablemos en el convento  
 porque nos tiene temor:  
 bay tú a verle y decirle  
 que te entregue a ti el bolsón  
 con el dinero que tiene  
 de los bueyes que vendió.  
 Cinco días te aguardamos,  
 zapatero remendón,  
 y si no robas los cuartos,  
 de tu cuerpo banachón  
 se hará carne pa los cuervos  
 que andan por alrededor.  
 Conque a vivir y amañarse,  
 y no te falte el valor.»  
 Y después de amenazarme  
 la partida, se marchó.  
 Me quedé muerto de miedo,  
 y con gran tribulación  
 he venido pa el convento...  
 a pedirle...su perdón...  
 Padre mío, Padre mío,  
 tenga de mi compasión!  
 ¡Desgraciados de los hijos  
 que mi cariño engendró!...  
 —No te asustes, no te asustes;  
 —Merás, no seas tontón!

que te saca del apuro  
 Fray Francisco el Pa Prior.  
 Toma al momento los cuartos  
 que están en ese cajón  
 que vale más tu persona  
 que el dinero del bolsón.  
 Padre mío ¿y el pecado  
 que voy a cometer yo?  
 — Yo te absuelvo, buen Juanillo,  
 que no es tuya la intención.  
 El fraile tendió la mano  
 y le echó la bendición  
 a Juanillo, que, llorando,  
 ambas manos le besó.  
 Salió del convento al punto,  
 y a poco que se alejó,  
 con los cuatro bandoleros  
 en el camino topó.  
 —¿Y qué tal has escapado  
 con el Padre Superior?  
 —Me fué muy bien, compañeros;  
 escapé más que mejor:  
 aquí traigo los dineros  
 metidos en el bolsón.  
 —¡Bien, por Juan el zapatero!  
 —¡Bien, por Juan el remendón!  
 Y los cuatro, tos a una,  
 bailaban sin tón ni són.  
 —Vivan los hombres valientes.  
 dijo el más fiero ladrón,  
 que sólo con su escopeta  
 el dinero consiguió.  
 —¡Cál!, respondió Juan de Mera;  
 con la mi escopeta, nó;  
 la dejé en la portería  
 para subir al salón  
 donde estaba Fray Francisco  
 ocupado en la oración...  
 La mi escopeta no sirve,  
 pog que nadie la cargó  
 que solo la puse un misto

pa que la tengan temor.  
 —Eres el hombre más tuno  
 que ninguno conoció.  
 Vente con nosotros, Juan,  
 por esos montes de Dios;  
 serás nuestro capitán,  
 porque vales más que tog.  
 —Vamos pa allá, compañeros,  
 a repartir el turrón.

## SEGUNDA PARTE

Juan de Mera y los ladrones  
 van camino de la sierra,  
 y a cosa de media legua  
 se encuentran encima della.  
 Se acercaron a un barranco,  
 y al pié de una madroñera  
 disponieron hacer lumbre,  
 con haces de jaras secas,  
 pa repartir los dineros,  
 y pa aviar presto la cena.  
 Después que habieron cenado  
 una pierna de cordera,  
 que sacaron de un gran hoyo  
 tapado con yerba y piedra,  
 uno tiende la su mano,  
 y los duros y pesetas,  
 que estaban en el bolsón,  
 echó Juan encima della.  
 Después que contó el dinero,  
 a cá uno hizo la cuenta  
 de dos mil reales completos  
 que a cá cual correspondiera.  
 Después que habieron partido  
 les entró la dormilera,  
 y se tumban en las mantas,  
 muy cerca de la candela.  
 Manque se acostó Juanillo,



ALBUM EXTREMEÑO.—Casa de los Golfines de Abajo, de Cáceres  
 (Foto F. I. T. E. R.)

se pasó la noche en vela,  
estudiando en «El Librillo  
de la Jambre», la manera  
de sacar a los ladrones  
los dineros que les diera.  
Ya verig cómo Juanillo  
se las valió de sus tretas,  
que «El Librillo de la Jambre»  
siempre lo supo a carrera.  
Cuanti cuanti sale el día,  
junto a la lumbre se sientan,  
y mientras echan tabaco,  
ven que por una vereda,  
no muy distante de allí,  
pero fuera de la sierra,  
un hombre viene montado  
en una burrilla negra,  
con un carnero detrás,  
que atado con una cuerda  
sigue los pasos al burro,  
y a cada trecho baléa.  
—Yo conozco a ese mocete,  
dijo al punto Juan de Mera:  
es un mozo de Zorita  
que se casa, por más señas.  
pasado mañana o al otro  
con la moza del tío Tejas.  
Viene de la su majada  
con la carne pa las fiestas...  
¿Qué sus apostáis, amigos,  
que con mañas y sin fuerza,  
le quito el carnero grande  
que tras de la burra lleva?  
—A la fuerza puede ser,  
pero no sin que te vea;  
y si quieres apostar,  
apuesto lo que tú quieras,  
le contestó un compañero  
que sentado estaba cerca.  
—Pog te apuesto la mi parte,  
las quinientas pesetejas

que del robo de Malillo guardo en la mi faldiguera.  
 Van apostag, zapatero.  
 —Pog quede la gente quieta y miren lo que yo hago para ganar esta apuesta. Juanillo fuese ligero, y tomando gran lantera puso uno de sus zapatos en mitad de la vereda, por donde pasar tenía el de la burrilla negra. Aluego, más cerca déste, el otro zapato deja, y se esconde tras las matas de unas altas lentisqueras. Ya llega al primer zapato el de la burrilla negra; al verlo dice:—Un zapato no me sirve; si dos fueran... Y siguió vereda lante sin bajarse de la bestia. Juanillo cogió el zapato y presto, sin que lo viera el mocete de la burra, le toma nueva lantera; y junto al otro zapato se esconde en unas murteras. Llega el caminante y dice: —¡Otro zapato! Esta es buena; ya merece que me baje y por el primero vuelva. Bajóse y ató el carnero de una espesa chaparrera, y sin coger el zapato por el primero se allega. Apenas volvió la espalda, Juan sale de las murteras, toma zapato y carnero y se marcha pa la sierra. Se junta con los ladrones,

que el saber de Juan ponderan, y éste recoge el dinero que ha ganado con la apuesta. Y como son curiosillos, quieren saber en qué quedan las angustias del mocete, cuando por lo suyo vuelva. El mozo se fué pa el sitio donde el zapato estuviera; se cansó de no encontrarlo y volvió por la vereda: pero tampoco el carnero por más que lo busca encuentra. Aburrido, el pobre dice: —Este sitio está endiablado... ¡Esta si que ha sido buena! Me quedé sin los zapatos y sin carne pa la fiesta... ¿Qué me hago, qué me hago, si la carne corre priesa?... Volvamos pa la majada y más tiempo aquí no pierda, que me hace falta el carnero para el día de la fiesta: más vale que pierda diez que la moza del tio Tejas. Y en cuanti lo dijo el mozo, pa atrás se fué a la carrera. Juanillo lo bido decir; como el caso comprendiera, dijo:—Por otro carnero vuelve el mozo a la dejesa. ¿Qué sus apostáis, amigos, que le robo cuanto vuelva, sin que sepa quien ha sido y sin valerme de fuerza? —Eso sí que ya es difícil, pos el mozo vendrá alerta y por mucho que tú hagas no te han de valer tus tretas, contestóle un compañero,



poniendo la cara seria.  
 —Bueno, ¿me apuestas la parte?  
 pos hecha la apuesta queda.  
 Al cabo de media hora  
 el novio viene de vuelta  
 con otro carnero grande  
 a la rastra de su bestia.  
 Juan dice a sus compañeros:  
 —Estése la gente quieta  
 y miren si el zapatero  
 gana o no gana la apuesta.  
 Y fuése corriendo al sitio  
 donde el carnero perdiera  
 el vecino de Zorita;  
 quien al estar ya muy cerca  
 oye que salen balidos  
 de una espesa matorrera.  
 Al punto dijo el mocete,  
 con la cara muy risueña:  
 —Bien me lo decía yo  
 al volver a la dejesa,  
 que el carnero que se pierde  
 no se lo traga la tierra.  
 Ahora me junto con dos;  
 ¡mejor que mejor, tío Tejas!  
 que más vale la mocita  
 que regañando me entregas.  
 Bajóse de la su burra  
 y fuése a la matorrera  
 donde sintió que balaba  
 el carnero que perdiera.  
 Pero Juan se fué escurriendo  
 entre el monte y con cautela  
 se allega pa donde estaba  
 parada la burra negra;  
 desata pronto el carnero,  
 y antes que el mozo volviera  
 el zapatero subió  
 a la loma de la sierra.  
 Se junta con los ladrones,  
 y el que perdió las pesetas,

al momento de pagarle,  
 le dijo a Juanillo Mera:  
 —Juan, eres el mismo diablo  
 que se ha bajado a la tierra.  
 Y como son curiosillos,  
 quieren saber en qué quedan  
 las angustias del mocete,  
 cuando por lo suyo vuelva.  
 El pobre anduvo buscando  
 muy cerca de hora y media;  
 cuando se cansó de andar,  
 se vuelve pa la vereda,  
 y al llegar junto a la burra  
 no sale de su sorpresa;  
 se restriega dambos ojos  
 y dice de esta manera:  
 —¡Santo Dios! ¿Y mi carnero?  
 ¿Se lo ha tragado la tierra?...  
 Por aquí debe haber brujas  
 de esas que dicen que vuelan!...  
 La Virgen de Guadalupe  
 con su mano me proteja  
 hasta llegar a mi casa  
 con mis pies y mi cabeza,  
 que no vuelvo por aquí  
 manque mil años viviera.  
 Y el mozo muerto de miedo  
 se monta en su burra negra,  
 y sin mirar pa los lados  
 el caminar aligera.  
 Juanillo lo bido dí,  
 y pa ganar otra apuesta  
 a los cuatro compañeros  
 les dijo estas palabrejas:  
 —Lo que hice no fué ná:  
 si querig ver donde llega  
 el saber del zapatero,  
 que lo llaman Juan de Mera,  
 apueste al punto la gente  
 otras quinientas pesetas,  
 a que le quito la ropa

que el mocete lleva puesta,  
sin ponerle encima el dedo  
y sin valerme de fuerzas.  
—Conmigo vas apostag.  
—La apuesta conmigo sea;  
dijeron los dos ladrones  
que su parte no perdieran  
en apuestas anteriores.  
Y contestó Juan de Mera:  
—Quiero apostar con los dos,  
porque si sale mi cuenta  
tó el dinero de Malillo  
viene pa mi faldiguera.  
Los ladrones replicaron:  
—Si perdemos no nos pesa:  
manque bien puede, Juanillo,  
que lo ganado devuelvas.  
—Como no me lo robig...  
—Juanillo, no nos ofendas:  
los ladrones manque roban,  
a sí mesmo se respetan.  
—Bug, creo, compañeritos,  
vámonos con mucha priesa,  
que el mocete va con miedo  
y parece que alas lleva;  
hay que coger esa trocha  
pa sacarle la lantera,  
antes que pase el camino  
que se aparta de la sierra.  
Atan allí los carneros  
y toman campo a traviesa,  
hasta ponerse delante  
del pobre mozo que esperan.  
Cuando llegan a un gran valle,  
Juan de Mera al punto ordena  
que los cuatro compañeros  
entre el monte se escondieran,  
y pase lo que pasare  
de su sitio no se muevan,  
que desde allí pueden ver  
quien a quien gana la apuesta.

Juan fuése a mitad del valle,  
donde había entre la yerba  
un pozo con un brocal  
hecho de barro y piedra;  
lo cual que cerca pasaba  
la vereda de la sierra.  
Sacó un poco de cerote  
de una de las faldiqueras;  
aluego saca los chisqueh  
y jace que arda la yesca;  
derrite aluego el cerote  
y entre los dedos lo aprieta,  
y con un cacho de trapo  
del forro de su chaqueta  
hizo un parche como un duro,  
que sobre un ojo se-apega;  
aluego toma dos chinos,  
tan grandez como ciruelas,  
y se los entra en la boca  
pa aumentar las carrilleras,  
quedando desconocido,  
y de tal y tal manera,  
que no lo conocería  
si la su madre le viera,  
(su madre, si así le viera)  
En esto bido venir  
al de la burrilla negra,  
y al pasar cerca del pozo  
dijo con voz lastimera:  
—¡Bálame Dios de los cielos!  
¡Bálame las almas buenas!  
¡Compañero, compañero,  
sáqueme usted de mis penas!  
El mocete enternecido,  
le pregunta a Juan de Mera:—¿Qué  
Qué le pasa, buen amigo,  
pa quejarse tan de veras?  
—¿Qué quiere usted que me pase?  
¡Malaya la suerte perra  
que me trujo junto al pozo  
para beber agua fresca!...

Ha cosa de media hora  
 que de Malillo saliera  
 con encargo del Prior  
 de pagar dos mil pesetas  
 por unos borregos grandes  
 que compró en una dejesa;  
 vine a beber a este pozo,  
 ¡ojalá nunca viniera!  
 pos al sacar la petaca,  
 pa quitar la tapadera,  
 mi dinero se cayó  
 al fondo del agua mesma.  
 Manque el pozo no es muy hondo,  
 me hacen falta escaleras;  
 y ¿cómo me voy de aquí  
 sin que alguno quede alerta  
 pa que nadie se lo lleve,  
 mientras de Malillo vuelva?..  
 —Amigo, si no es más que eso  
 vaya usted por la escalera,  
 que no me muevo de aquí  
 hasta que a usted le convenga.  
 —Que Dios se lo pague a usted,  
 me voy corriendo por ella,  
 Juanillo fuese ligero,  
 y al llegar a unas junqueras,  
 donde el mozo no lo bía,  
 se agachó como una cierva.  
 El mocete de Zorita,  
 al ver que el hombre se aleja,  
 mira pa el agua del pozo  
 y dice de esta manera:  
 —nunca mejor ocasión  
 que recobrar la mi pérdida;  
 que si no llevo carneros  
 llevaré dos mil pesetas,  
 con las que puedo mercar  
 doscientas o más ovejas.  
 ¡La Virgen de Guadalupe  
 de seguro oyó mis quejas!  
 Pa cuando llegue su día,

hago la firme promesa  
 de dos cuartillos de aceite,  
 pa que le alumbren en su fiesta.  
 Pongamos manos a la obra  
 antes que el hombre vuelva.  
 Y sacó de entre la albarda  
 una estaquilla gruesa,  
 a onde suele atar la burra,  
 cuando paze en la pradera,  
 y la clava en el brocal  
 hasta que muy firme queda;  
 una punta del cabresto  
 a la estaquilla sujeta,  
 y al instante a la otra punta  
 le pone una buena piedra,  
 pa ver, cuando llegue al hondo,  
 el agua que el pozo tenga;  
 la piedra llegó al hondo  
 a cosa de vara y media.  
 El mocete se desnuda,  
 queda la ropa en la yerba  
 y baja al hondo del pozo  
 por la sogá que recuelga.  
 Juan que bido bajar,  
 corre al sitio con cautela,  
 le quita toda la ropa  
 y vase presto con ella  
 donde están los compañeros  
 observando la faena.  
 El mozo sale del pozo  
 y sin la ropa se encuentra.  
 ¡Allí fueron sus lamentos,  
 al verse sin una prenda  
 con que taparse las carnes,  
 y encubrir las sus vergüenzas!  
 Y menos mal que una manta  
 que lleva la burra puesta  
 le sirve para cubrirse  
 y que en cueros no le vean.  
 El mozo monta en la burra,  
 llorando como alma en pena,

y camino de Zorita  
 a todos los santos reza.  
 Y cuando llega a su casa  
 a la familia le cuenta  
 que tiene más de mil brujas  
 la vereda de la sierra.  
 En tanto que los ladrones  
 muertos de risa se quedan,  
 y dan a Juan los dineros  
 que ha ganado en las apuestas.  
 El ladrón más viejecito  
 fue y le dijo a Juan de Mera:  
 ¡Oye!, ya tienes reunido  
 dentro de tu faldiguera  
 el dinero de Malillo,  
 que ayer tarde recogieras;  
 y ya que tienes los cuartos,  
 coge también la escopeta  
 y vete para el tu pueblo,  
 a donde a ti te parezca,  
 que no queremos tus mañas  
 por lo mucho que nos cuestan,  
 que sabes más que nosotros,  
 y si contigo vivieran  
 los ladrones andarían  
 robando y sin una perra.  
 Y contestó el zapatero,  
 tomando la su escopeta:  
 —Está muy bien, compañeros;  
 salgo al punto de la sierra,  
 pero bug doy un consejo  
 y tenerlo muy en cuenta  
 si querig que en estos tiempos  
 la justicia no bug prenda.  
 Recuerde la gente stempre  
 aquella conseja vieja  
 que dice con gran saber:  
 «más vale maña que fuerza».  
 Ya llega Juan a Zorita,  
 y a la su mujer entrega  
 los diez mil reales cabales

que llevarle prometiera.  
 La mujer se puso alegre,  
 pero le dijo con pena:  
 —¡Ay! ¿Qué será de nosotros,  
 cuando el Corregidor sepa  
 que robaron el convento?..  
 —Tonta mujer, nada temas;  
 que «El Librillo de la Jambre»  
 se lo sabe Juan de Mera.  
 En seguida le contó  
 al piecito de la letra,  
 lo que hizo en el convento  
 y lo que hizo en la sierra.  
 Y pa acabar añadió:  
 —Te lo cuento pa que veas  
 que el encuentro con ladrones  
 me quitó que no volviera  
 tan presto como quería;  
 pero has de saber, Josefa,  
 que si yo tardé en venir,  
 traigo a más de las pesetas  
 la absolución del Prior,  
 y a más, grandes indulgencias;  
 que el que engaña a los ladrones  
 tiene perdón de la Iglesia...

Aprendan los que me oyeron  
 la historia de Juan de Mera,  
 que «El Librillo de la Jambre»  
 es una cosa tan buena,  
 que el que sabe muy bien  
 nunca sin comer se queda.

